



TEMÁTICA

Formas juveniles de ganarse la vida en la ruralidad. Prácticas y posibilidades en el norte misionero argentino

Gareis, Luisina*

Resumen

El presente estudio se propuso comprender cómo los y las jóvenes del norte misionero se ganan la vida en contextos de ruralidad. A partir de un trabajo de campo etnográfico realizado entre 2018 y 2020 en Puerto Libertad (provincia de Misiones), el artículo aborda, en un primer momento, las formas en que varones y mujeres jóvenes rurales comienzan a trabajar desde edades tempranas en el marco de las unidades familiares, el rol que asumen y el habitus incorporado en torno a la producción de alimentos. Se analiza, de este modo, el proceso de socialización experimentado en el seno de las familias a través de actividades destinadas a la autosubsistencia y cómo se vinculan con otras responsabilidades juveniles (escuela, trabajos rentados, cuidados). En un segundo momento, el foco se desplaza hacia las decisiones que toman las juventudes respecto de las formas de obtención de ingresos como parte del proceso de autonomización. Se examina cómo las condiciones actuales de reproducción de las familias, los discursos prescriptivos y las experiencias de migración personales o cercanas, inciden en las decisiones y proyectos futuros. Ante las dificultades existentes para ganarse la vida en las ruralidades –particularmente en relación con el esfuerzo como desgaste físico–, la migración a las grandes ciudades aparece como una posibilidad latente. Finalmente, se reflexiona sobre el sentido que adquiere para las juventudes la construcción de vidas que merezcan ser vividas en la ruralidad.

Palabras clave: juventudes; ruralidades; trabajo; migración; proyectos de futuro

Procedencia: Esta comunicación se desprende de una investigación doctoral realizada en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Barcelona sobre los procesos de reproducción social de juventudes rurales y sus familias en el norte misionero argentino. Presentado el 9/5/2025, aprobado el 23/6/2025 y publicado el 26/8/2025.

DOI: <https://doi.org/10.33255/3674/2314>

Autoría: * Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, Universidad Nacional de La Plata y Grupo de Estudios sobre Reciprocidad, Universitat de Barcelona.

Contacto: luisinagareis@gmail.com



Youthful Ways of Making a Living in Rural Areas. Practices and Possibilities in Northern Misiones, Argentina

Abstract

This article aims to understand how young people in northern Misiones make a living in rural contexts. Based on ethnographic fieldwork conducted between 2018 and 2020 in Puerto Libertad (Misiones), the study first explores how rural young men and women begin working from an early age within the framework of family units, the roles they fulfill, and the habitus acquired in relation to food production. It describes the socialization process experienced within families concerning subsistence activities –such as food production, fishing, hunting, and gathering. The article then shifts its focus to the decisions young people make regarding income-generating activities as part of their process of becoming autonomous. It examines how current family reproduction conditions, the prescriptive discourses of adults, and both personal and close experiences of migration influence these decisions and future projects. In light of the challenges of making a living in rural areas –particularly the physical strain involved– migration to large cities emerges as a latent possibility. Finally, the article reflects on what it means for rural youth to seek to build lives they deem worth living in the countryside.

Keywords: Youth, Rurality, Work, Migration, Future projects

Formas de subsistência dos jovens em áreas rurais: práticas e oportunidades na região norte de Misiones, Argentina

Resumo

Este artigo tem como objetivo compreender como os jovens do norte de Misiones ganham a vida em contextos rurais. Com base em trabalho de campo etnográfico realizado entre 2018 e 2020 em Puerto Libertad (província de Misiones), o artigo explora inicialmente as maneiras pelas quais jovens homens e mulheres rurais começam a trabalhar desde cedo em unidades familiares, os papéis que desempenham e seus habitus arraigados em relação à produção de alimentos. Descreve o processo de socialização vivenciado nas famílias em relação a atividades voltadas à autossustentabilidade (produção de alimentos, pesca, caça ou coleta). Em seguida, o artigo muda seu foco para as decisões que os jovens tomam em relação à geração de renda como parte do processo de autodeterminação. Apresenta como as condições atuais de reprodução familiar, os discursos prescritivos dos adultos e as experiências pessoais ou próximas de migração influenciam decisões e projetos futuros. Diante das dificuldades de ganhar a vida em áreas rurais (principalmente relacionadas ao esforço e à tensão física), a migração para as grandes cidades é uma possibilidade latente. Por fim, o artigo reflete sobre a importância de construir vidas que valham a pena ser vividas em áreas rurais para os jovens.

Palavras-chave: Juventude, Ruralidades, Trabalho, Migração, Projetos de Futuro

Introducción

El agronegocio se ha expandido en las últimas décadas desplazando poblaciones e imponiendo nuevas lógicas y formas de trabajo para quienes habitan en las ruralidades de nuestro país. En este contexto nacional es necesario preguntarse por las formas en que las poblaciones rurales (aún) construyen «vidas que merecen ser vividas» a través de una pluralidad de prácticas económicas tanto para sí mismas como para las generaciones futuras (Narotzky y Besnier, 2020). El objetivo de este artículo es analizar las formas de ganarse la vida que heredaron e inventan las juventudes rurales del Alto Paraná misionero, región dominada por la producción forestal globalizada (Gareis, 2025), en relación con las posibilidades territoriales, la trama comunitaria y los deseos juveniles.

Las formas de «ganarse la vida», según Narotzky y Besnier (2020), son todos los procesos económicos involucrados en «sostener la vida» englobando tanto el esfuerzo que implica como el objetivo en sí mismo a lo largo de generaciones (Narotzky y Besnier, 2020, p. 27). Partimos de una concepción de economía en sentido amplio, lo cual implica analizar los procesos que posibilitan la continuidad de la vida inmersos en relaciones sociales y en relación con otros aspectos de la existencia humana (Granovetter, 1985; Polanyi, 2007). Nos situamos principalmente al nivel de las experiencias reales de los sujetos para –y desde allí– comprender esos procesos (Roseberry, 2014), que atraviesan un amplio abanico de actividades donde coexisten distintos regímenes de valor (Narotzky y Besnier, 2020). En el presente artículo se utiliza el concepto de «formas de ganarse la vida» con el fin de incluir un amplio abanico de actividades desde relaciones asalariadas hasta dinámicas que comúnmente no son consideradas «económicas», incluyendo los procesos de cooperación y el sentirse partícipes de colectivos (Narotzky y Besnier, 2020, p. 27).

Entendemos la juventud como una categoría sociocultural construida según cada contexto histórico y social (Bourdieu, 2002; Chaves, 2010, 2013; Feixa, 1998) que posee sentidos particulares y efectos concretos (Margulis y Urresti, 1996). Desde la perspectiva etnográfica resulta poco útil delimitar fechas de ingreso o egreso a la etapa de la vida entendida situacionalmente como juventud ni adscribir determinados comportamientos sociales como puntos de partida a dicha categoría (Chaves, 2010). Más bien comprendemos las juventudes según las formas de autoadscripción y las representaciones sociales vigentes (Chaves, 2010) como sujetos que se transforman a lo largo del tiempo según las relaciones que entablan dentro de la trama social comunitaria.

En la ruralidad, debido a la participación desde la temprana edad en las economías familiares, la condición etaria de las juventudes ha sido invisibili-

zada. Investigaciones previas muestran la omisión de la juventud rural tanto en estudios agrarios¹ como en los análisis sobre juventudes centrados en la modernidad y la urbanización (Durstun, 2001; Roa, 2015). Esta tendencia se ha revertido en los últimos veinte años, en los que se multiplicaron los estudios sobre experiencias y procesos de socialización en contextos rurales con diversos niveles de arraigo² (Caputo, 2013; González Cangas, 2003; Barés et al., 2020; Caputo, 2001; Feixa y González Cangas, 2006; Kessler, 2006; Ladrón de Guevara et al., 2012; Nessi, 2020; Roa, 2015; Gareis, 2019). En nuestro país, según el estado del arte realizado por Emilia Schmuck (2019, p. 48), la mayoría de las investigaciones sobre juventud rural se preguntan «por los modos en que juventud y territorio se interrelacionan». Este texto forma parte de la tradición académica argentina de estudios juveniles rurales que se sitúan en contextos donde las unidades familiares campesinas son abundantes (Schmuck, 2019), en los que se indaga sobre las conexiones entre lo rural y lo urbano (Barés et al., 2020).

Las juventudes analizadas habitan dos parajes rurales del municipio de Puerto Libertad, en el departamento Iguazú, ubicado en el norte misionero. La historia de estos territorios rurales comenzó a principios del presente siglo con tomas de tierras paulatinas y continuas (Schiavoni, 2005) en un contexto de tecnificación del agronegocio forestal que conllevó un incremento del desempleo en la región (Chifarelli, 2008; Gareis, 2025). A lo largo de veinte años, los parajes se han consolidado con el acceso a los servicios de agua y luz, la mejora de los caminos y la instalación de escuelas, jardines y un centro de salud en cada paraje. La mayoría de las juventudes analizadas se mudaron a los parajes a partir de 2010, cuando aún no contaban con los servicios existentes en la actualidad.

En el marco de mis estudios doctorales³, entre fines de 2018 y principios de 2020 residí en Puerto Libertad y sus zonas rurales realizando observación participante y entrevistas semiestructuradas a jóvenes y adultos/as. En relación con las juventudes, realicé doce entrevistas semiestructuradas a jóvenes según tres criterios: a) etario, ya que la totalidad tenía al momento de la entrevista entre dieciséis y veintinueve años; b) de género, siendo entrevistadas cinco mujeres y siete varones; y c) territorial, ya que ocho jóvenes habitaban en los parajes y cuatro trabajaban en actividades agrarias pero al momento de la entrevista no vivían en zonas rurales.

Luego de la introducción, el presente artículo ofrece dos apartados y unas breves reflexiones finales. El primer apartado explora las tareas que realizan los y las jóvenes desde pequeños dentro de las unidades familiares campesinas, comprendidas como ámbitos de socialización donde se transmiten

valores, normatividades e ideas que se relacionan con el estilo de vida rural. Se busca, además, mostrar cómo estas tareas se relacionan con otras esferas de la vida, como la escuela, el género, el dinero ganado y otros trabajos temporales asalariados. En el segundo apartado el foco se desplaza hacia las decisiones que toman las juventudes respecto de las formas de obtención de ingresos como parte del proceso de autonomización (Chaves, 2021). Las decisiones y proyectos futuros juveniles están relacionados con las condiciones actuales de reproducción de las familias, los discursos prescriptivos de los y las adultas y las experiencias de migración personales o cercanas. Por último se reflexiona sobre el carácter que adquiere para las juventudes el construir vidas que merezcan ser vividas en la ruralidad.

Responsabilidades juveniles dentro de las unidades familiares

En las ruralidades las niñeces y juventudes poseen un rol activo dentro de las economías familiares. Las actividades que realizan han sido, muchas veces, conceptualizadas como «ayudas» por ser, en su mayoría, no remuneradas y estar tuteladas por un adulto (Avendaño y Castillo-Caicedo, 2025; Gareis, 2020). Son prácticas relacionadas con la producción o preparación de alimentos para el autoconsumo como carpir, alimentar a los animales, cosechar, plantar, recolectar, cazar, pescar, cuidar, faenar y limpiar gallinas o chanchos, entre otras. Estas actividades, que es lo primero que aprenden las niñeces en el campo, poseen un carácter cotidiano e indispensable asociado al hecho de que trabajar con seres vivos (animales o plantas) implica garantizar su cuidado todos los días. Jacinto recuerda:

El trabajo para nosotros es algo diario. Porque nosotros nos levantábamos y era llevar la vaca, darle de comer [...] Los fines de semana nunca descansábamos. Ponele Viernes Santo era para estar en la casa. ¡No! «Hacé todo lo que tenés que hacer y después te acostás en la cama» [...] El trabajo es algo diario, algo rutinario, algo que ya está en nosotros, se nos implantó de chicos. (Jacinto, 19 años)

Estos quehaceres cotidianos de la ruralidad implican procesos de aprendizaje e incorporación del *habitus* del trabajo en la chacra desde cómo usar las herramientas y qué tareas se realizan según los ciclos agrícolas hasta cómo es la producción y la venta. A su vez, son prácticas que habilitan compartir el tiempo, el espacio y las responsabilidades entre todos los miembros de la familia, desdibujando los límites entre esferas que en otros ámbitos están escindidas –como, por ejemplo, los tiempos y espacios de ocio y de trabajo–. Las

actividades cotidianas de la ruralidad requieren de conocimientos prácticos que se adquieren mediante el juego y las obligaciones familiares compartidas.

Adela: Había una época que nosotros íbamos todos juntos a plantar mandioca, a cosechar poroto. Hacíamos todo juntos, desde el más chico al más grande.

Luisina: ¿Les gustaba?

A: Sí, a mí me encantaba, era muy divertido porque sacaba lo divertido de nosotros, era como un juego [...] Teníamos un toro, dos vacas y muchos chanchos.

L: ¿Quién se encargaba de ellos?

A: Entre todos, nos turnábamos cuando íbamos y veníamos de la escuela. (Adela, 21 años)

El trabajo es un ámbito de socialización donde se transmiten valores y normatividades relacionadas con el estilo de vida rural y con la forma de trabajar dentro del proceso productivo campesino. Según la definición de *habitus* de Bourdieu (2007), estos principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que las juventudes incorporan a través del trabajo cotidiano en las chacras familiares no son producto de la obediencia de reglas, sino de la internalización de formas de ser y estar en el mundo que habitan. En este sentido, las lógicas internas de funcionamiento de las familias desdibujan el carácter coercitivo que el trabajo puede tener en otros contextos, por lo cual Federico afirma que «cuando estábamos en la chacra no era una obligación, era que tenías que ayudar a la casa y nos acostumbramos. Siempre por la voluntad uno hacía» (Federico, 19 años). Desde la temprana edad se incorpora la concepción del hogar como unidad de producción y consumo en la cual todos sus miembros están involucrados.

La caza, la pesca y la recolección también forman parte de las actividades que las niñeces y juventudes realizan en el marco de la unidad doméstica. Por ejemplo, Ignacio detalla que de adolescente salían a cazar «venado, jabalí, ciervo, tatú mulita» con sus hermanos y vecinos del paraje y le traían la carne a su mamá. Al ser una actividad prohibida en la provincia⁴, en el relato subraya los objetivos que tiene esta práctica en los parajes rurales: «lo hacemos para comer y para diversión. No es que vamos y matamos tres, cuatro. Matamos uno y agarramos y venimos» (Ignacio, 26 años). Los recursos obtenidos de estas actividades complementan la economía familiar al punto tal que, por ejemplo, una madre narraba que le pedía a su hijo de diecisiete años –quien no trabajaba como asalariado y había abandonado la escuela– que fuera a pescar porque de esa manera ella tenía carne congelada todo el mes (Diario de campo, 18 de agosto 2019). En los relatos encontramos que la caza y la

pesca son actividades realizadas por los jóvenes varones, mientras que las mujeres son mayormente socializadas en las tareas de recolección de plantas o frutos que se realizan dentro del monte. Carolina relata que esta era una de sus tareas preferidas cuando se mudaron al paraje, a sus ocho años: «Cuando llegaba [de la escuela] había que buscar cañas para darle a la vaca y yo me subía a la camioneta para ir. Ellos [padres] cortaban y yo alzaba. Me gustaba eso» (Carolina, 16 años).

Las responsabilidades juveniles sobre las tareas del hogar son diferentes según el género⁵. Adela dice: «Nosotras, mujeres, como hermanas tenemos otras responsabilidades, porque mi papá y mamá se iban a trabajar a la chacra y a mí me tocaba quedarme a cuidar a mis hermanitos. A limpiar la casa y cuidar que no se lastimen o que no pasen hambre» (Adela, 21 años). Todas las jóvenes entrevistadas subrayan que ellas realizaban las tareas de cuidado y limpieza dentro de su hogar. Algunas mencionan que, además, tenían responsabilidades asociadas a la producción y/o venta de alimentos, mientras otras señalan haber sido excluidas de estas tareas. Esta última situación es comentada por Lorena: «Mi abuelo no quiere que yo vaya a la chacra. Yo quiero ir, pero mi abuelo no quiere [...] porque dijo que no quiere venir y encontrar la casa sucia, que él ya tiene hambre y la comida todavía no está» (Lorena, 19 años). Estas labores diferenciales dentro de las familias influyen en otros aspectos de la vida de las jóvenes mujeres, como, por ejemplo, el abandono escolar: «Mi mamá se quedó embarazada y tenía que salir a trabajar y yo me tenía que quedar con mis hermanos y ya no pude estudiar más» (Irina, 24 años). Otras jóvenes expresan que nos les gusta salir porque están acostumbradas a pasar más tiempo dentro de su hogar.

Para la mayoría de las juventudes entrevistadas, la participación en las actividades económicas familiares no se percibe como incompatible con la asistencia escolar. Por el contrario, la obligatoriedad de concurrir a la escuela se vivencia con un carácter más coercitivo que el cumplimiento de las tareas productivas. Jacinto parafrasea a su madre al señalar las normatividades que regían dentro de su hogar: «Esa era la ley: Vos querés trabajar, vas a trabajar, pero no te vas a forzar, porque vos tenés que estudiar, y si vos te lastimás no vas a poder ir al colegio» (Jacinto, 19 años). Este énfasis se relaciona con las múltiples dificultades que existen en las ruralidades para asistir a estas instituciones. Uno de los principales obstáculos es la distancia⁶ que deben transitar cotidianamente las infancias y juventudes para acceder a la educación en el pueblo. En este territorio, las y los jóvenes recorren entre tres y cinco kilómetros desde Nueva Libertad y entre siete y doce kilómetros⁷ desde San Isidro hasta el pueblo. En los primeros tiempos esta distancia debían realizarla a pie

por caminos de tierra ya que el colectivo no ingresaba a los parajes. Ignacio (26 años) cuenta que, junto a sus hermanos/as, «un montón caminábamos, media hora por la ruta. En ese momento no había nada, imagínate, no había caminos. Ahora ya hay colectivo. Es mucho más cómodo salir» (Ignacio, 26 años). Lorena (19 años) señala la movilidad como uno de los motivos por los cuales a su hermano «no le gustaba [ir a la escuela]. Mi abuelo le exigía [...] Nosotros sufrimos para ir porque un día de lluvia no se podía ir caminando, era re complicado. En esa época nosotros íbamos a la escuela y llegábamos todos llenos de polvo y es horrible» (Lorena, 19 años). En trabajos previos hemos analizado la relevancia que adquiere, para las infancias, poder llegar sin barro en la ropa y el calzado a las escuelas urbanas, como parte de sus esfuerzos por adecuarse a las estéticas valoradas en estas instituciones (Chaves y Gareis, 2024).

A muchos/as jóvenes trabajar desde niños/as les ha permitido contar con pequeñas cantidades de dinero para sus gastos personales que sus padres nos les brindaban. Desde niño, Federico (20 años) participa en las actividades de la chacra, pero a los nueve años comenzó a colaborar con un vecino en tareas de jardinería por diversión, quien «a veces» le daba unas monedas; «Desde ahí me empecé a acostumar a tener plata», expresa. Rosario (21 años) afirma que su hermano de diez años «siempre tiene plata» ya que todos los días antes de ingresar a la escuela vende chipa⁸ con un amigo de su padre, destinando parte de sus ingresos al consumo personal y otra parte al fondo de consumo familiar. Entre las responsabilidades cotidianas incorporadas y las pequeñas cantidades de dinero conseguidas desde la niñez-adolescencia, el ingreso a la vida laboral se constituye como una transición paulatina entre diferentes tareas donde lo que varía es el destino del dinero ganado⁹. Al indagar cuál fue el primer trabajo que realizaron, las respuestas no hacen referencia a las responsabilidades detalladas hasta ahora, sino que en mayor parte señalan una tarea que fue remunerada cuyos ingresos no se destinaron al fondo de consumo familiar. Aparece la idea del dinero propio o, en palabras de Adela (21 años), «ver plata mía».

Las formas de ganarse la vida en la ruralidad están imbricadas en el tejido social (vecindario, familia, escuela) y en las posibilidades que ofrece el territorio desde la producción de alimentos hasta las tareas rentadas (Arancibia y Gareis, 2024). Estas tareas se constituyen como opciones laborales «medias fijas» que perduran a lo largo de las trayectorias laborales juveniles. Por ejemplo, Federico cuenta:

Cuando vinimos acá me hice conocido de don Mendieta, el señor de allá arriba, y me iba a barrer el patio, todo eso. Yo empecé así y después me metí en la carpin-

tería. Después, de a poco, de a poco, fui agarrando una máquina, y ahora yo hago los trabajos solo en la carpintería. Me fue enseñando. [...] Cada vez que yo iba y aprendía, él me decía: «Yo te voy a pagar más», e iba subiendo de a poco. Hasta que ahora me paga un precio oficial. [...] Es medio fijo, si pinta otro trabajo le digo y después sigo con él. Siempre me ayudó porque él se tomó un cariño grande conmigo. (Federico, 19 años)

Los trabajos donde se ensambla dinero, responsabilidades y afectividades son posibilidades de generar ingresos a los cuales las juventudes pueden «siempre» retornar dentro de trayectorias laborales que tienden a diversificarse a medida que crecen. Constituidas como opciones más estables, alrededor de este tipo de trabajos orbitan las otras actividades que realizan las juventudes: ir a la escuela, participar en la organización política o realizar trabajos asalariados temporales. Ignacio (26 años), quien creció en los parajes y a los dieciocho años migró a Buenos Aires, explica que la principal diferencia entre un trabajo en la ciudad y uno en la ruralidad es que cultivar la tierra es la posibilidad latente a la cual regresar frente a la inestabilidad de los trabajos asalariados que aparecen. Sobre sus hermanos, que cultivan alimentos en uno de los parajes de Puerto Libertad, Ignacio señala:

Por ahí les sale otro trabajo, van [trabajan], terminan y vuelven otra vez a la chacra, y así. Eso es la diferencia que hay. Creo que no sale muy seguido, pero cuando salen hacen así. Mi hermano, uno es plomero. Cuando le sale eso, él va y hace, y cuando termina vuelve otra vez a su rutina, digamos.

L: ¿Cuál sería la prioridad: trabajar en la chacra o ser plomero?

I: Y creo que la prioridad de él es trabajar en la chacra. Porque no tiene un trabajo fijo, le sale de a poco. (Ignacio, 26 años)

La producción de alimentos aparece como un eje central de reproducción familiar en el cual pivotean el resto de los trabajos si surgen. Una característica que emerge del análisis de las trayectorias laborales es que los trabajos rentados «aparecen», «les ofrecen», «salen» o «pintan». Germán (16 años) usa la expresión «si pinta, pinta, y si no, ni cargo» para decir que cuando le ofrecen un trabajo lo hace y, en caso de que no aparezca ninguna posibilidad de conseguir ingresos, aparentemente no se preocupa. Como expresa Jacinto (19 años): «Si yo estoy en un taller trabajo en un taller; si estoy en la chacra, laburo en la chacra».

Trabajar en la chacra o migrar: expectativas, esfuerzos y futuro

En el apartado anterior se analizó cómo el trabajo desarrollado en el seno de las unidades domésticas o en el marco de vínculos afectivos se articula con otras dimensiones de la vida social. En este apartado el foco se desplaza hacia las decisiones que toman las juventudes respecto de las formas de obtención de ingresos dentro del abanico de posibilidades existentes en sus entornos sociales y económicos. Estas decisiones emergen en el transcurso del proceso de autonomización, entendido como un período en el cual los y las jóvenes comienzan a distanciarse material y económicamente de sus progenitores, formar unidades familiares propias, tomar decisiones autónomas y ejercer control sobre el uso del tiempo, del espacio y del propio cuerpo (Chaves, 2021). De acuerdo con Chaves (2021), este proceso constituye un rasgo distintivo de la condición juvenil. En él inciden tanto los discursos normativos que prescriben qué deben hacer las juventudes como los «dispositivos de apropiación o resistencia con que los jóvenes encaran estos discursos u órdenes sociales» (Reguillo, 2010, p. 402).

En relación con las dinámicas intergeneracionales, en las chacras se observa la presencia de un discurso recurrente que sostiene que las juventudes ya no desean trabajar en las actividades agropecuarias. Desde una perspectiva adulto-céntrica, se les atribuye a los y las jóvenes una supuesta falta de paciencia, una aversión al trabajo físico considerado sacrificado o «sucio» y una preferencia por ingresos económicos inmediatos. En este marco interpretativo, la migración hacia contextos urbanos aparece como una «elección» predominante entre las juventudes.

Ahora la juventud casi no quiere trabajar en la chacra. Alguno que otro. Porque ellos piensan que ganan más plata trabajando en otro lado que en la chacra, pero no es lo mismo, porque vos trabajás en la chacra y vos sos patrón. [...] En la chacra vos tenés que aguantar seis meses para tener tu plata junta. Tenés que tener aguante. (Doña Elisa, 62 años)

Este discurso se encuentra atravesado por dos representaciones prescriptivas predominantes: a) que el trabajo rural implica una alta carga física y escasa rentabilidad económica, y b) que residir en los parajes rurales limita las posibilidades de movilidad social ascendente. Estas representaciones inciden en las proyecciones que los y las adultas construyen respecto del futuro de sus hijos e hijas: «La idea nuestra es que los chicos de la chacra tengan también posibilidad, tenga oportunidad de ser alguien en la vida. No que estén

siempre acá en la chacra carpiendo al lado nuestro. ¡No! Que sea un ingeniero agrónomo o un doctor y que venga después acá en la chacra a trabajar» (Don Benicio, 52 años). Para «ser alguien en la vida» hay que estudiar –para lo cual es inminente migrar debido a la inexistencia de instituciones de estudios superiores en Puerto Libertad– o trabajar asalariado. Se reactualiza la idea de que el trabajo en la ruralidad implica mucho sacrificio sin movilidad social, por lo que la noción de esfuerzo aparece como desgaste físico¹⁰ según Chaves, Fuentes y Vecino (2016).

Desde el punto de vista juvenil, la dinámica del trabajo en las chacras también puede resultar agotadora de la energía vital. Leandro (26 años) cuenta que, cuando trabajaba en la veterinaria de un conocido en el pueblo, «había días que no quería saber nada de la chacra. No tenía ganas realmente, venía cansado», luego la veterinaria cerró y él comenzó a dedicarle mayor tiempo y esfuerzo a su parcela y a la organización comunitaria. Carolina (16 años) afirma que le gustaría tener una fuente de ingresos «que no sea sólo de la chacra porque a veces te llega a cansar el trabajo de la chacra». El continuo esfuerzo físico y al exterior atraviesa los cuerpos juveniles (también de los/as adultos/as), lo que es señalado como una de principales desventajas de la ruralidad: «No es que no me gusta el esfuerzo físico, es el estar ahí abajo del sol, el sufrimiento ese» (Jacinto, 19 años). No es el gasto de energía lo que se impugna, sino las condiciones en las cuales se trabaja y los valores que se asocian a estos trabajos. En las ciudades opera una frontera simbólica entre quienes se ganan la vida a partir de tareas que implican desgaste físico (por ejemplo, en rubros de construcción, limpieza u oficios manuales) y quienes realizan trabajos intelectuales en condiciones de mayor confort corporal (Chaves, Fuentes y Vecino, 2016). En las ruralidades esta frontera se profundiza en relación con la vigente dicotomía rural-urbano, desvalorizando a quienes se encargan de la producción agraria¹¹ (Noel, 2017; Ratier, 2018).

El cansancio físico se superpone con el agotamiento generado por la inestabilidad económica ya que la producción hortícola no resulta suficiente para cubrir el total de las necesidades: «Es sólo para el día a día si trabajas la tierra (pero) no podés descansar si no tenés nada, digo. Sí o sí vas a tener que estar trabajando para comer [...] se trabaja sólo para comer, eso no es muy lindo», afirma Ignacio (26 años). El esfuerzo invertido en el trabajo no conlleva la proyección de progreso entendida como movilidad social ascendente (Chaves, Fuentes y Vecino, 2016). La imposibilidad del descanso por la situación de precariedad económica se complementa con el carácter cotidiano de la producción de alimentos que mencionábamos anteriormente, que Jacinto (19 años) resume en la frase «En la chacra laburás aunque necesites

o aunque no, porque el laburo está ahí y alguien lo tiene que hacer». Estas condiciones (precariedad, escasos trabajos asalariados y responsabilidades cotidianas) generan que las juventudes trabajen largas horas cuando «pinta» un trabajo. Por ejemplo, Alejandro (16 años) describe:

Tres días seguidos laburamos así: a la mañana carpimos hasta las once y a las tres empezamos a bajar mercadería hasta las tres de la mañana. A las tres y media llegué a casa y dormí hasta las seis y media, me levanté, desayuné y me fui otra vez a laburar allá en el fondo... Al otro día lo mismo, recansado. Si hay necesidad no hay cansancio. (Alejandro, 16 años)

La dinámica de reproducción social en las chacras impone la necesidad de continuar trabajando, aun cuando ello implique un uso intensivo de la fuerza física y jornadas laborales extensas. En consonancia con lo planteado por Roa (2015), resulta pertinente destacar la noción de moratoria vital¹² entre las juventudes rurales misioneras. Esta categoría, entendida como energía vital asociada a la juventud –en contraposición a la moratoria social característica de los sectores medios urbanos–, se funda en la mayor capacidad física y resistencia atribuida a esta etapa del ciclo de vida. La moratoria vital permite, en parte, sobrellevar el desgaste físico y minimizar la percepción del cansancio frente a la urgencia de generar ingresos. No obstante, ello no exime a los y las jóvenes de experimentar el agotamiento y el sufrimiento que conlleva la necesidad de recurrir a múltiples estrategias de complementariedad de ingresos, lo cual moldea las percepciones, los deseos y las elecciones juveniles. Por ejemplo, en la comparación con los trabajos asalariados, Federico toma decisiones:

Luisina: ¿Nunca pensaste en trabajar en tareas agrícolas? ¿Volver a la chacra?

Federico: La verdad es que me gusta mucho, sí, por ejemplo hace poco fui a la casa de mi hermano a la chacra, como que me vino mucho recuerdo y como que me dio ganas de estar en la chacra, pero como que estoy acostumbrado a las comodidades que tengo ahora, acá en el pueblo [...] Por eso digo yo como que no me tira mucho [...] Me gusta más el trabajo que hago en la metalurgia. (Federico, 19 años)

El joven entrevistado utiliza la palabra «comodidades» para condensar muchos de los malestares mencionados (cansancio, pobreza, suciedad, desvalorización), los cuales sostienen la idea de que para ascender socialmente es necesario trabajar por fuera de la producción de alimentos. En algunos

casos, esta última promueve la búsqueda de trabajos asalariados urbanos, como expresa Federico. En otros casos, la migración a las grandes ciudades se vuelve plausible. Ignacio (26 años) vivió en la chacra desde los ocho años y al cumplir los veinte se vio obligado a mudarse a Buenos Aires por cuestiones personales. Al momento de la entrevista trabajaba ocho horas diarias (más dos horas de viaje en transporte público) en el rubro de la construcción en el conurbano bonaerense. Desde su perspectiva, «si querés algo en la vida trabajando, tenés que salir de Libertad porque no hay una salida laboral ahí, no hay nada de trabajo. Tenés que salir de Misiones, o vas a Posadas o venís para acá [Buenos Aires]. Tenés que rebuscarte por otro lado». Analizaremos en profundidad en qué condiciones las juventudes rurales deciden mudarse a las ciudades.

La migración a las ciudades como posibilidad de ascenso social es una idea aún vigente y con fuerte raigambre entre la población local misionera y paraguaya. El ciclo de migración rural-urbana que tuvo su mayor intensidad entre los años 1930 y 1970 produjo y fue producido bajo la concepción de que las ciudades ofrecen trabajos asalariados y mayor acceso a la educación y la salud, entre otros servicios públicos (Segura y Chaves, 2019). Idea que se interioriza en los procesos de socialización juvenil al yuxtaponerse con la expectativa de los y las adultas de que sus hijos/as no estén en un futuro carpiendo la tierra, como ya fue mencionado¹³. Sin embargo, en las últimas décadas las ciudades aparecen como «áreas de reproducción de las desigualdades sociales legible en varios registros» (Segura y Chaves, 2019, p. 207). Los barrios populares donde habitan las poblaciones migrantes se ubican lejos de los bienes y servicios necesarios para la reproducción social (escuelas, hospitales, espacios de ocio, entre otros) y los trabajos a los cuales acceden se caracterizan por la informalidad y precariedad (Assusa, 2017). Además, se ha profundizado la estigmatización de los espacios residenciales marginados, incrementando, a su vez, la sensación de inseguridad en ellos (Segura y Chaves, 2019). Estas contradicciones son puestas en juego a la hora de proyectar la migración a las ciudades, como expresa Federico (19 años) al responder por qué sus hermanos se fueron a vivir a Buenos Aires:

Muchos buscan ganar más plata y salir más rápido adelante. Allá [en Buenos Aires] es la mejor solución, se gana mejor, todo eso. Es más pesado. No el trabajo, pero por la carga horaria y el transporte. Mi hermano, el más grande, que se fue primero, sale a las cinco de la mañana de la casa y vuelve a las diez de la noche. Todo el día así. Y a veces tiene dos o tres horas en colectivo o tren. (Federico, 19 años)

La revisión genealógica de Federico permite conocer las experiencias que las juventudes rurales tienen como puntos comparativos a la ahora de tomar sus propias decisiones. De sus ocho hermanos, dos migraron a Buenos Aires. Uno de ellos, luego de vivir dos años allí, «no se halló [...] por la costumbre que teníamos en la chacra [...] Estaba trabajando bien, tenía un buen trabajo pero no le gustó, decidió [volver] y se quedó de nuevo en la chacra». El otro hermano aún vive en Buenos Aires ya que, según Federico, «progresó», palabras que utiliza para referirse a que logró incrementar sus ingresos. Sin embargo, las condiciones en las cuales vive su hermano son peores o «más pesadas» que las del resto de su familia que habita en las ruralidades misioneras. Esto último representa una desventaja que desalienta a Federico a irse por más que su hermano le garantiza un trabajo en la gran urbe. Narotzky y Besnier (2020, p. 40) concluyen que «en aquellas regiones del mundo donde los actores sociales creen que la movilidad geográfica se traducirá en movilidad socioeconómica, múltiples tipos de evaluación están implicados en las decisiones de migrar o quedarse». Agregan que, a la hora de decidir, operan diferentes regímenes de valor que deben ser analizados etnográficamente (Narotzky y Besnier, 2020).

La posibilidad de acumular dinero de manera más rápida o en mayor cantidad se contrapone a la multiplicidad de otros elementos necesarios para construir «vidas que merezcan ser vividas». Uno de ellos es la sensación de inseguridad que se experimenta en las ciudades en relación con la «tranquilidad» de las ruralidades. Ignacio, el joven rural que actualmente vive en Buenos Aires, percibe la posibilidad de generar más ingresos que en Puerto Libertad:

Extraño un montón porque no es igual, no es lo mismo estar acá y estar allá. [...] Volver, voy a volver. [...] es muy distinto la ciudad y el pueblo de la chacra. La ciudad es una locura, vos en cambio en Libertad, en la chacra, vivís en paz, digamos [...] Uno por los ruidos y otro por la inseguridad. La locura de la gente en la calle que va al trabajo. En Capital, por ejemplo, te va y te chocan todos, te chocás todo, un desastre. En los colectivos viajan todos encimados. (Ignacio, 26 años)

Ignacio menciona diferentes factores negativos del modo de vida urbano, como la inseguridad, el ruido y las largas horas de traslado en transporte público. En suma, los trabajos a los cuales acceden las personas migrantes son precarios, informales, feminizados para las mujeres (limpieza y cuidado) y racializados (trabajos realizados por las personas de piel oscura o donde «son todos paraguayos»); estas características constituyen las desventajas de migrar para trabajar. Bianca (37 años) utiliza la palabra «ajeno» para describir

el carácter nocivo de los trabajos que realizaba en Buenos Aires. Ella migró con dieciocho años, por lo que tuvo que dejar a su hija al cuidado de su madre en Paraguay; luego de quince años, volvió a la chacra con su esposo debido a que, según relata, «yo trabajaba bien en Buenos Aires y por esa razón es que nosotros compramos todo esto (casa y terreno)». «Mi trabajo era en un country», continúa. «Yo iba a cocinar a dos casas, los fines de semana me iba en otro country y así. Yo hacía todo. Era todo el día, pero no era un trabajo tan pesado». A su vez, Bianca afirma: «Yo nunca dejaría la huerta porque la huerta deja plata si uno sabe», aunque reconoce el esfuerzo físico que implica trabajar la tierra en sus condiciones ya que «nosotros estamos haciendo todo con azada, porque no tengo máquinas [...] Acá tenés que estar encima, tenés que hacer los plantines, mudarlos, mantenerlos, si les falta agua hay que regar. Es un montón de trabajo». Luego de describir una multiplicidad de problemas económicos en relación con la producción y venta de alimentos propios, surgió la pregunta de por qué no vuelve a la gran ciudad. Su respuesta fue: «Ya no da gusto trabajar ajeno [...] en el campo uno maneja sus tiempos, a veces no me quiero levantar temprano y puedo. Por eso ya no me voy a vivir a ningún otro lado». Con la movilidad geográfica desde la ciudad a la chacra, el propio control del uso del tiempo se valorizó en relación con los bienes que podían ser acumulados.

Las diferentes experiencias de migración a las grandes ciudades y la comparación con las condiciones actuales de reproducción familiar en la ruralidad forman parte del acervo de información con el cual cuentan las juventudes para decidir migrar. En este sentido, hemos encontrado que quienes toman este camino lo hacen a partir de factores no estrictamente vinculados con el dinero. Por ejemplo, Carolina (16 años), cuya mamá abandonó el hogar cuando ella era pequeña, a los trece años se fue a estudiar y trabajar a Buenos Aires ya que

[Mi padrastro] me tiraba duro en todo, que yo tenía que hacer esto o aquello, hubo un momento que ya me trataba como si fuera la señora de él. Y yo me sentía mal. Y agarré y le dije, y me dijo que no me vaya, que cómo le voy a dejar a mis hermanos [...] Le dije: «Yo me quiero ir, es mi decisión». Me fui, me quedé con mi abuela, con la mamá de mi papá, con mi papá biológico, sería. Me quedé hasta marzo, y el 3 de marzo me fui a Buenos aires. Ahí me quedé con mi tía. (Carolina, 16 años)

La violencia intrafamiliar que sufría fue decisiva para que Carolina buscara un nuevo hogar. Luego de trabajar e ir a la escuela un año en la capital del

país, decidió volver al paraje a vivir con su abuela cuando esta última enfermó. Otra historia con elementos semejantes es la de *Ciro* (19 años) y su novia, que se mudaron a Buenos Aires a trabajar en la pizzería de un familiar, ya que desde pequeño sus padres lo maltrataban; cuando de adolescente comenzó a enfrentarlos, la convivencia se volvió sumamente difícil ya que discutían diariamente. Luego de ocho meses en la capital del país regresaron con el dinero suficiente para pagar un alquiler ya que *Ciro* decidió instalar un taller mecánico con un amigo. Ambas experiencias señalan que la migración se presenta como la única forma de escapar a las violencias intrafamiliares. Alejarse es la manera que encuentran de hacer su propio camino, cambiar de posición y ganar autonomía. *Rosario* (21 años) decidió mudarse sola al pueblo luego de intentar negociar con su padre reiteradas veces la forma en que deseaba vivir:

Empecé a tener problemas otra vez con mi papá, que quería que termine con mi novio. Y yo le dije que no iba a terminar con él y que él no podía decirme con quién estaba. Y después hubo un tiempo como que yo no me hallaba más con ellos [...] y hablé con mi papá y le dije que yo quería salir, independizarme, no sé, vivir sola. Hubo un tiempo que no me hablaron, estaban medio enojados, medios malos conmigo. (*Rosario*, 21 años)

En la mayoría de las experiencias analizadas encontramos jóvenes con el deseo de generar consensos y entablar diálogos (para lo cual primero deben sentirse escuchados) con los/as adultos/as, más que de romper esos lazos. Por lo cual quienes han migrado luego deciden o tienen el deseo de regresar principalmente por la trama familiar. En un contexto de escasos recursos, donde la supervivencia individual y social se sustenta en y dentro del tejido comunitario, como vimos en el primer apartado, cortar esos lazos sociales implicaría imposibilitar la reproducción individual y de su entorno. Por ende, es necesario comprender los procesos de autonomización atravesados por estas juventudes no como la búsqueda de una «independencia respecto a» sus familias, comunidades o al territorio rural, sino como una «interdependencia con»¹⁴ el contexto en el cual crecieron y proyectan su futuro (*Narotzky*, 2021; *Sales Gelabert*, 2015).

Al preguntar cómo se veían en un futuro, la mayoría de las respuestas también parten de las percepciones y experiencias de la ruralidad y la urbanidad. A los dieciséis años *Irina* (24 años) migró a Buenos Aires a trabajar de «niñera cama adentro», es decir que vivía en la casa donde trabajaba. Cuando conoció a su actual esposo, se fue de esa casa y comenzó a trabajar limpiando en

otras viviendas, hasta que ambos decidieron mudarse al paraje en un terreno de la familia de su marido.

Irina: En la ciudad no podés ni dormir bien. Pasa un auto medio fuerte y ya no dormís más [risas]. Y en el pueblo si vos no tenés carne, o no tenés qué comer, no sé cómo hacés, pero en la chacra tenés todo. Si no tenés arroz o no tenés carne, agarrás una gallina y matás y ya tenés una comida, tenés mandioca y ya comés ya.
Luisina: ¿Qué te gustaría hacer a futuro? ¿O más adelante?

Irina: A mí me gustaría terminar bien mi casa y hacer algo, no sé, poner una tienda o algo. [...] Desde un principio quise poner una tienda porque no hay ropa acá [en los parajes]. (Irina, 24 años)

Además de trabajar la tierra tanto para la subsistencia como para el comercio, muchas juventudes proyectan tener otras fuentes de ingresos que sean complementarias a la producción de alimentos. Como los parajes están creciendo y en proceso de consolidación, no hay muchos negocios donde abastecerse, de allí que Federico (19 años) planifique instalar un local de repuestos de motos y autos, Lorena (19 años), de comida, e Ignacio (26 años), una carnicería o «tipo supermercado». Bianca (37 años) desea poder incrementar sus ingresos para comprar herramientas que le permitan producir más cantidad de verduras con menos esfuerzo físico y, además, cuenta que «yo ya quiero ponerme una peluquería porque acá todos necesitan. Pero sin plata no podés hacer lo que vos querés hacer. Yo digo cuando ponga bien la casa, me faltan un montón de cosas todavía, puerta, instalación, ventana... y después recién voy a empezar con eso» (Bianca, 37 años). El deseo de tener un trabajo que permita ingresos diferenciados del trabajo agrícola o el cuidado de los animales no señala un rechazo a la vida rural. Más bien consideramos que forma parte de comprender que lo que sostiene y hace posible la vida en los parajes es la trama social comunitaria y el trabajo de la tierra.

Reflexiones finales

A lo largo del artículo se analizan heterogéneas formas juveniles de ganarse la vida en las ruralidades del norte misionero atendiendo a los esfuerzos, las expectativas y los valores que conllevan las diferentes posibilidades existentes. El enfoque etnográfico permitió situar territorialmente las prácticas económicas en la complejidad de sus condiciones de posibilidad, atravesadas por relaciones de clase, género, generaciones y territorialidades. Lejos de ajustarse a modelos normativos o lineales de inserción laboral, las trayectorias juveniles

observadas se configuran de manera heterogénea, combinando actividades agrícolas que las y los jóvenes realizan desde edades tempranas, trabajos temporales, apoyos familiares y/o la migración a las grandes urbes.

A partir de la noción de «ganarse la vida» de Narotzky y Besnier (2020) como clave analítica, se registraron las prácticas económicas de las juventudes (qué, cómo y en qué condiciones), situándolas en perspectiva de los discursos y expectativas de los y las adultos para comprender de qué manera las primeras influyen y son influidas por otras esferas de la vida social. Este enfoque ha permitido reconocer la agencia de las juventudes rurales, las tensiones y los márgenes de maniobra en escenarios estructuralmente desiguales. En los procesos de autonomización, las decisiones juveniles combinan las prácticas presentes, la manera en que se insertan en la trama familiar/comunitaria, las experiencias y discursos disponibles en relación con el modo de vida urbano y el rural y las expectativas de futuro.

Por último, deseamos reflexionar sobre los proyectos de futuro relevados. Las juventudes rurales desean construir sus vidas en el territorio donde crecieron y dentro de la trama comunitaria sin ocupar posiciones subalternizadas. A su vez, proyectan construir posibilidades de vida donde la producción de alimentos se complementa con otras formas de generar ingresos que conlleven menores esfuerzos físicos. Ignacio coloca allí el centro de su deseo: «A mí me gustaría llegar a cierta edad y descansar. Eso me gustaría. Yo pienso trabajar todo lo que pueda, ahorrar y comprarme cosas y hacerme un negocio y volver a Misiones». El derecho al descanso o a ganarse la vida sin «tantos esfuerzos físicos», frente a las urgencias incesantes de la producción de alimentos, se vuelve parte indispensable de imaginar «vidas que merezcan ser vividas» en la ruralidad. La decisión de volver o permanecer en las chacras se vincula con los otros aspectos que las juventudes valorizan de su territorio, como, por ejemplo, sentirse parte de una red comunitaria (familia, amigos, vecinos), tener soberanía alimentaria, estar en contacto con la naturaleza, sentirse seguros y vivir en la tranquilidad de la ruralidad.

Notas

1. Roa (2015) explica que los estudios agrarios se preocuparon primero por la desaparición del campesinado y luego por los problemas del desarrollo agrario, las reformas agrarias del siglo XX, las formas de producción campesinas, entre otras, sin problematizar la juventud rural. [«« VOLVER](#)
2. Caputo (2013) busca visibilizar la importancia y diversidad de las juventudes rurales, contradiciendo los discursos que plantean la no existencia de este sector. Esto es subrayado por los estudios de juventudes rurales en toda América Latina (Kessler, 2006; Ladrón de Guevara et al., 2012). [«« VOLVER](#)
3. Los resultados presentados forman parte de la tesis doctoral en antropología *Matices de verdes: procesos de reproducción social de juventudes rurales y sus familias en el norte misionero argentino* realizada en cotutela entre la Universidad de Buenos Aires y la Universitat de Barcelona con el apoyo económico de CONICET durante 2018-2024. [«« VOLVER](#)
4. La Ley de Conservación de la Fauna Silvestre, ley XVI - n.º 11 (antes decreto ley 1.279/80), sancionada en 1980, declara «la protección, conservación, propagación, repoblación, población y aprovechamiento racional de la fauna silvestre que, temporal o permanentemente, habita la provincia de Misiones» (Cámara de Representantes de la Provincia de Misiones, Argentina, 1980). [«« VOLVER](#)
5. Las desigualdades de género en las ruralidades de Puerto Libertad han sido analizadas con mayor profundidad en otros textos (Gareis, 2025; Ramírez y Gareis, 2024). Por cuestiones de espacio, señalamos las principales diferencias encontradas en relación con la división por sexo existente en las tareas cotidianas de las juventudes rurales. [«« VOLVER](#)
6. La distancia geográfica se señala como una de las principales dificultades para acceder a la educación para las niñas y jóvenes que habitan en las ruralidades (Kessler, 2006; Padawer y Rodríguez Celín, 2015; Schmuck, 2018). [«« VOLVER](#)
7. Por la Ruta Nacional 12, desde el pueblo hasta el ingreso de Nuevo Libertad hay tres kilómetros, y siete kilómetros hasta San Isidro. Luego, se debe considerar la distancia de cada casa hasta la entrada de cada paraje. Actualmente el colectivo ingresa a los parajes y recorre una distancia aproximada de dos kilómetros dentro de Nueva Libertad y cuatro dentro de San Isidro. [«« VOLVER](#)
8. Chipa es un alimento a base de fécula de mandioca y queso, típico de la gastronomía paraguaya y del nordeste argentino. [«« VOLVER](#)
9. La transición escuela-trabajo o el ingreso al mercado laboral ha sido señalado como uno de los marcadores que delimitan el período que llamamos «juventud» dentro de las sociedades occidentales urbanas (Chaves, 2010; Saraví, 2009). [«« VOLVER](#)
10. Chaves, Fuentes y Vecino (2016) señalan que «remitiremos a tres retóricas donde el esfuerzo aparece como núcleo organizador de diferencias entre “unos” y “otros”, activando recursos morales para

- la construcción de fronteras simbólicas. El primero, con más fuerza y expansión que los otros, es la apelación al esfuerzo como explicación del progreso y la movilidad social; el segundo, el esfuerzo como desgaste físico y el valor del trabajo que se le asocia; y el tercero, el esfuerzo familiar para la obtención de logros de algunos de sus miembros. Las tres formas pueden aparecer en un mismo relato, los mismos sujetos o las mismas familias» (Chaves, Fuentes y Vecino, 2016, pp. 41-42). [«« VOLVER](#)
- 11.** Las juventudes analizadas han vivenciado situaciones de discriminación al asistir a las escuelas del pueblo residiendo en la ruralidad a partir de las categorías dicotómicas de suciedad (hedor) versus limpieza (Gareis, 2025). [«« VOLVER](#)
- 12.** María Luz Roa, utilizando el concepto de Margulis y Urresti (1996), entiende que el concepto de juventudes rurales implica una moratoria vital «en el sentido de una disponibilidad diferencial de capital temporal, la cual hace a una manera de estar-en-el-mundo con una irreversibilidad menor que la adultez» Roa (2013, p. 67). [«« VOLVER](#)
- 13.** En este sentido, Gili Diez (2020) menciona que la migración rural juvenil con la intención de progresar funciona como una profecía autocumplida. [«« VOLVER](#)
- 14.** Desde la «ética de los cuidados y la responsabilidad» se «enfatisa la dimensión de la interdependencia entre los seres humanos como mecanismo necesario para la provisión de diferentes necesidades humanas», explica Sales Gelabert (2015, p. 16). [«« VOLVER](#)

Referencias bibliográficas

- ARANCIBIA, M. y Gareis, L. (2024). Juventudes y economía popular: formas colectivas de trabajo en territorios marginalizados de Argentina. En L.A. Mata Zúñiga (ed.), *La actual condición juvenil precaria. Experiencias y trayectorias juveniles en México, Argentina y Costa Rica* (pp. 71-92). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. https://seminariojuventud.sdi.unam.mx/images/libro_condicion_precaria.pdf
- ASSUSA, G. (2017). *Jóvenes trabajadores: Disputas sobre sentidos, apropiaciones simbólicas y distinciones sociales en el mundo laboral*. Buenos Aires: GEU, Grupo Editor Universitario.
- AVENDAÑO, J. y Castillo-Caicedo, M. (2025). Significados e interpretaciones del trabajo infantil en contexto rural y urbano. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(3), 1-19. <https://doi.org/10.11600/rlcsnj.19.3.5077>
- BARÉS, A.; Hirsch, M. y Roa, M.L. (2020). Juventudes y ruralidades en Latinoamérica. Hacia un nuevo estado de la cuestión. *MILLCAYAC – Revista Digital de Ciencias Sociales*, VII(13), 13-26.
- BOURDIEU, P. (2002). La «juventud» no es más que una palabra. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura* (pp. 163-173). México: Grijalbo – Conaculta.

- BOURDIEU, P. (2007). *El sentido práctico* (1.^a ed.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- CAPUTO, L. (2001). *Identidades trastocadas de la juventud rural en contexto de exclusión: ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya*. Asunción: BASE Investigaciones Sociales.
- CAPUTO, L. (2013). Juventudes rurales y tierra en Paraguay: la dimensión simbólica y sus implicancias decisivas en la desposesión. En P. Dobrée (ed.), *La tierra en el Paraguay: de la desigualdad al ejercicio de derechos* (pp. 109-178). Paraguay: Programa Democratización y Construcción de la Paz.
- CHAVES, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- CHAVES, M. (2013). Culturas juveniles en la tapa del diario: tensiones entre el margen y el centro de la hoja. En M. Chaves y E. Fidalgo (coords.), *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos y construir Estado*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- CHAVES, M. (2021). Por-venires en tiempos distópicos (o acerca de juventudes, desigualdades, pandemia, utopías, Estados, la vida, la muerte, y... ¿algo más?). En F. Marcon y D.P. de Noronha (eds.), *Juventudes e desigualdades sociais em tempos de crise e radicalização política* (1.^a ed., pp. 45-60). Aracaju, SE: Criação Editora.
- CHAVES, M.; Fuentes, S.G. y Vecino, L. (2016). *Experiencias juveniles de desigualdad: fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- CHAVES, M. y Gareis, L. (2024). «El mundo no tiene por qué ser miserable»: procesos de politización juvenil en parajes rurales de Misiones (Argentina). *Revista TOMO*, 43, 1-18. <https://doi.org/10.21669/tomo.v43.21722>
- CHIFARELLI, D. (2008). *El modelo de monocultivos de coníferas a gran escala. Análisis de sustentabilidad en el Alto Paraná Misionero*. Posadas.
- FEIXA, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus (Antropología de la juventud)*. Barcelona: Ariel.
- FEIXA, C. y González Cangas, Y. (2006). Territorios baldíos: identidades juveniles indígenas y rurales en América Latina. *Papers*, (79), 171-193.
- GAREIS, L. (2019). ¿Jóvenes rurales? Entre trabajos y estilos en un pueblo rural-urbano de México. En F. D'Aloisio, V.P. Schaefer, y M.E. Previtali (eds.), *Estudios sobre juventudes en Argentina VI: protagonismos juveniles a 100 años de la Reforma Universitaria: acciones y debates por los derechos que nos faltan* (1.^a ed., pp. 247-262). Córdoba: Libro digital.
- GAREIS, L. (2020). «Ayudas», generación de ingresos y salarios: experiencias de trabajo juveniles en un contexto rural mexicano. *Última Década*, 28(54), 139-167. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362020000200139>
- GAREIS, L. (2025). *Matices de verdes: procesos de reproducción social de juventudes rurales y sus familias en el norte misionero argentino* (tesis doctoral). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Universidad de Barcelona.
- GILI DIEZ, V. (2020). Clasificación y distinción de las juventudes en el espacio social rural. *MILLCAYAC – Revista Digital de Ciencias Sociales*, VII(13), 27-52.
- GONZÁLEZ CANGAS, Y. (2003). Juventud rural: trayectorias teóricas y dilemas identitarios. *Nueva Antropología*, 19(63), 153-175.

- GRANOVETTER, M. (1985). Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness. *American Journal of Sociology*, 91(3), 481-510.
- KESSLER, G. (2006). La investigación social sobre juventud rural en América Latina. Estado de la cuestión de un campo en conformación. *Revista Colombiana de Educación*, (51), 16-39.
- LADRÓN DE GUEVARA, L.; Román, R. y Urteaga, M. (2012). *Jóvenes rurales: viejos dilemas, nuevas realidades*. México: Universidad Autónoma de Nayarit /Juan Pablos Editor.
- CÁMARA DE REPRESENTANTES DE LA PROVINCIA DE MISIONES, ARGENTINA (1980). *Ley de Conservación de la Fauna Silvestre*. Misiones, Argentina.
- MARGULIS, M. y Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis (ed.), *La juventud es más que una palabra* (pp. 1-13). Buenos Aires: Biblos.
- NAROTZKY, S. (2021). The Janus face of austerity politics. *Focaal*, 2021(90), 22-35.
- NAROTZKY, S. y Besnier, N. (2020). Crisis, valor y esperanza: repensar la economía. *Cuadernos de Antropología Social*, (51), 23-48.
- NESSI, M.V. (2020). Reflexiones sobre el estudio de las juventudes rurales en clave de lectura no-céntrica: el caso del Cinturón Hortícola de General Pueyrredón. *MILLCAYAC – Revista Digital de Ciencias Sociales*, VII(13), 53-74.
- NOEL, G.D. (2017). Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario: las limitaciones del dualismo rural-urbano en el abordaje de la Región Costera del Río de la Plata y algunas propuestas de reconceptualización. *Tessituras, Pelotas*, 5(1), 129-170.
- PADAWER, A. y Rodríguez Celín, L. (2015). Ser del monte, ser de la chacra: experiencias formativas e identificaciones étnicas de jóvenes rurales en el noreste argentino. *Cuicuilco [Online]*, 22(62), 265-286.
- POLANYI, K. (2007). *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. Madrid: Quipu editorial.
- RAMÍREZ, D. y Gareis, L. (2024). Espacios de intimidad colectiva entre mujeres rurales del norte argentino. *Palimpsesto*, 14(25), 149-173.
- RATIER, H.E. (2018). *Antropología rural argentina: etnografías y ensayos* (1.ª ed.). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- REGUILLO, R. (2010). La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbre y lugares. En R. Reguillo (ed.), *Los jóvenes en México* (pp. 395-429). Ciudad de México: FCE – Conaculta.
- ROA, M.L. (2015). *Ser-en-el-yerbal. La constitución de subjetividades tareferas en los jóvenes de los barrios periurbanos de Oberá y Montecarlo (Misiones)* (tesis doctoral en Ciencias Sociales). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- ROSEBERRY, W. (2014). *Antropologías e historias: ensayos sobre cultura, historia y economía política*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- SALES GELABERT, T. (2015). Cuidados, poder y ciudadanía. *Las Torres de Lucca: Revista Internacional de Filosofía Política*, 4(6), 7-45.
- SARAVÍ, G. (2009). *Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS.

- SCHIAVONI, G. (2005). La construcción de los «sin tierra» en Misiones (Argentina). *Theo-mai*, 12, 1-16.
- SCHMUCK, M.E. (2018). Jóvenes rurales en la escuela secundaria del campo: una etnografía sobre estudiantes en el norte entrerriano. *Revista IRICE*, 35, 129-158.
- SCHMUCK, M.E. (2019). Juventudes en plural, territorios en transformación. Hacia un estado del arte de los estudios sobre juventudes rurales en Argentina. *Revista Brasiliense de Pos-Graduacao em Ciencias Sociais*, 14(1), 38-56. <https://periodicos.unb.br/index.php/revistapos/article/view/26552>
- SEGURA, R. y Chaves, M. (2019). Modos de habitar: localización, tipo residencial y movilidad cotidiana en el Gran La Plata. En M.M. Di Virgilio y M. Perelman (eds.), *Disputas por el espacio urbano. Desigualdades persistentes y territorialidades emergentes* (pp. 193-222). Buenos Aires: Biblos.